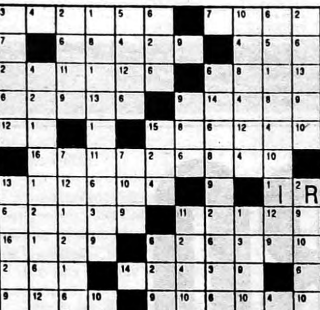
EN CLAVE

A igual número le corresponde igual letra.



SOLUCION JUEVES



EL VIAJERO SIN FIN


Página/2/3

Verano/12

El partenaire

(Por Daniel Karp) Lo conocí en casa de Teresa. Me lo había cruzado varias veces antes, por las noches. Venía trepando por Esmeralda con la expresión de quien conversa consigo mismo, obsesionado por algún misterio que no acierta a develar.

Teresa festejaba su cumpleaños, y se le había ocurrido hacer un guiso de lentejas que servía en unos platitos plásticos muy flexibles. Sostenerlos era un verdadero trabajo. Busqué uno de los rincones que me parecieron más apartados y me senté a comer.

Allí estaba él. Me dirigió una mirada breve, rápida. Parecía el resplandor de un látigo disparado desde el costado de su ojo. Volvió la cabeza para mirar su plato y me dijo: "Qué animal curioso, el gato". Ya sea por lo inesperado o por el porro que me había fumado hacía un rato, la frase se incrustó en mi cabeza. El tipo era como un parlante que expresaba mi pensamiento. Le devolví la frase con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas de que podía seguir hablando de lo que quisiera.

—Algunas noches —siguió diciendo—, cuando salgo de la casa en donde vive ella, me cruzo con los gatos y siempre me detengo a observarlos. Me gustaría poder dar un salto sin tomar impulso y caer sin hacer ruido—. Recordé las veces que me lo había cruzado por la calle, ahí mismo donde él se detenía a observar a los gatos y pensé que se parecían en algo. Me lo imaginé arisco, evasivo, indomable. Lo vi husmeando entre las gomas de los automóviles, protegido por la oscuridad. Me había impresionado la instantaneidad y la certeza de su mirada.

La casa a la que había hecho referencia era la de la esquina, y la mujer, una bailarina famosa. Le pregunté por qué no estaba ella en la fiesta.

—Es que siempre ocurren situaciones imprevistas, o no deseadas, para ser más exacto —dijo.

—Me imagino —le contesté. El levantó la cabeza, como si estuviese viendo una imagen proyectada en el espacio.

—Debe ser una vida difícil, los ensayos, los viajes —agregué y sentí en el acto que no debí haber dicho nada, porque él hizo una mueca como si quisiera evitar que mis palabras le ensuciaran las imágenes de su historia y siguió diciendo: —Había quedado en pasar a buscarla por su casa para ir a un estreno...

Era temprano y el tipo había bajado a comer algo mientras esperaba la hora de la cita. Pidió un bife. Colocó las manos relajadamente sobre la mesa y suspiró. Había pasado un día tenso. Aflojó aún más los dedos de la mano y miró la botella de vino en el balde de hielo. Mientras esperaba la comida pensó en la ropa. Quería vestirse para Ella. Probablemente les sacasen fotos. Trajeron la cuenta, pagó con sus últimos australes y fue a vestirse. Todavía era temprano. Se recostó. Acababa de mudarse y tenía la espalda destrozada. Había tenido que subir por la escalera y el viejo sillón que lo acompañaba a todas partes. Ajustó el despertador una hora más tarde, pensó que quería estar espléndido y se durmió.

Cuando abrió los ojos supo que había sucedido lo peor. Nunca la había dejado plantada, y sabía que para ella mostrarse sola equivalía a una tragedia.

No se cruzaron palabras ni mirada alguna cuando se encontraron en el hall del cine al terminar la función.

—Quiero dormir sola —fue lo único que dijo ella en la puerta de su casa. El se volvió sintiendo el frío en la cara. Creo que fue ése uno de los días en que me lo crucé. Pensé en lo extraordinario de las circunstancias en que dos personas pueden cruzarse por la calle. Volvió caminando hasta su departamento en el barrio de los cabarets. Entró en el café de la esquina para esperar el diario de la mañana. Percibió una sombra deslizarse por el lado de afuera de la ventana, y cuando alzó la vista sólo alcanzó a ver una melena rubia que flotaba en el aire. Pensó en alguna película que había visto. Pensó en otra mujer, pero ninguna emoción le recorrió el cuerpo. Tuvo la esperanza de que ella lo llamase, para meterse en su cama y calentarle la espalda. Hacía frío pero estaba bien abrigado...

Me levanté en busca de vino. El se quedó sentado en el rincón, le brillaban los ojos.

A través de la ventana se veía la calle iluminada por los letreros de neón. Me sentí en Nueva York. Muchas veces a esa hora, me sentía en alguna otra ciudad. Pensé en alguna película que había visto. Pensé que si realmente estuviese en Nueva York, estaría bebiendo bourbón. Pensé que en ese momento ella lo estaba odiando, muerta de rabia, contándole todo a su amiga por teléfono. Diciéndole que él no era su hombre, que estaba esclavizada porque él siempre sacaba un as de la manga y ella volvía a enamorarse y que nunca nadie la había mirado como él la miraba.

Cuando regresé al rincón, el tipo me miró y me dijo de golpe:

—¡El secreto es la mirada! Su expresión se transformó como si por fin hubiese encontrado la clave para resolver aquello que lo obsesionaba.

—Por eso vuelve siempre a enamorarse —continuó—. No me quiere a mí, quiere su mejor imagen; ¡el secreto es la mirada! Se levantó, me dio la mano, y se alejó atravesando el baile.

La fiesta de Teresa duró hasta el amanecer. Cuando salimos hacía frío, y en la calle no quedaban ni los gatos.

EL VIAJERO SIN FIN

Por Anthony Burgess

Sabía que el hombre que estaba delante de mí se llamaba Paxton: la muchacha que le estaba atendiendo en el control de billetes le había llamado así, Paxton, un hombre erguido con una abundante cabellera blanca, reveló su rostro atrincherado de unos 80 años al dejarme su puesto y alejarse empujando un carrito con dos bolsos. Nos dirigíamos los dos a Nueva York, en primera clase. (En aquellos días, yo recorría el mundo como contable de Single Buoy Mooring.) Paxton no había entregado equipaje alguno a la cinta transportadora que llegaba hasta los mozos de equipaje: yo entregué mi pesada maleta para que la etiquetaran y la pusieran en camino. La empleada, con el cabello de color de bronce, comprobó el pasaporte para ver si tenía visado norteamericano, como había hecho con el de Paxton, y me despidió con una sonrisa y una tarjeta de embarque con la inscripción de fumadores. Paxton me precedió en el control de seguridad y luego mostró el pasaporte al aburrido funcionario de emigración. Le oí decir: "La última vez, amigo mío"; vi cómo recibía la respuesta de una media sonrisa que indicaba que ni entendía qué le quería decir ni le preocupaba, y le seguí a la sala de embarque. Paxton me sonrió mostrando una limpia dentadura postiza; dijo: "Observe", y arrojó el pasaporte a un cubo de basura, enterrándolo bajo montones de bolsas de la tienda libre de impuestos, envoltorios de chocolatines y paquetes de cigarrillos. Dije:

—No puede hacer eso.

—¿Cómo que no? Eso está ya acabado.

—Le hará falta al otro extremo. No puede viajar sin pasaporte.

—Claro que puedo, y lo voy a hacer. Estoy harto de toda esa porquería. Soy libre como un pájaro.

—Nadie es tan libre. Querrán ver el pasaporte en Kennedy. No le dejarán entrar sin él. Está el asunto del visado y tienen que comprobar en el gran libro negro si es usted un extranjero indeseable.

—¿Indeseable, eh? Yo me soy deseable a mí mismo y es lo único que importa. Que le vaya bien al pasaporte.

—Ya volverá. Lo rescatarán y lo llevarán a la quisquillosa Francia, o a alguna otra parte, y se lo enviarán en una carta certificada.

—¿Adónde? No tengo dirección.

—Discúlpeme —le dije, y me fui a comprar una botella de Claymore y un paquete doble de Rothmans a la tienda libre de impuestos. He conocido a muchos excéntricos en mis viajes, pero éste era el primero que se había colocado alegremente en la situación de un ave migratoria. Aunque no atravesaría ninguna frontera. El mundo estaba cerrado a todo viajero que no llevara un pequeño libro que decía lo que él ya sabía: que se llamaba así, que tenía este color de ojos, este peso de años, esta nacionalidad. Sin embargo, conservaba la tarjeta de embarque; estaba a mi espalda en la cola de embarque con una pequeña botella de Cointreau y un paquete de Dunhill.

—Amplía la mente —dijo— viajar. O al menos eso es lo que dicen.

—¿Es su primer viaje a Estados Unidos?

—Es mi primer viaje. Es decir, en avión. He visto bastante mundo en barco, pero parece que ya no hay barcos. Estoy ya ansioso por volar.

Me alejé de él y fui basta el bar, donde pedí una copa grande de cognac. Pero al poco se me acercó y pidió una cerveza. Pensé que sus bolsos debían ser una gran carga. No podría llevarlos siempre en un carrito. Miré hacia los bolsos y él hizo lo mismo. Se agachó y abrió uno.

—Mire esto —dijo.

—¡Cielo santo! —exclamé.

Me mostró una gran cartera amarilla de plástico llena de billetes de avión. Agitándolos todos, me dijo:

—Voy a todas partes. A Río de Janeiro; Valparaíso, dondequiera que esté; Mozambique, Sydney, Christchurch, Honolulú, Moscú.

—Si en alguna parte va a necesitar visado es en Moscú —le dije—. Aunque, caramba, ¿cómo piensa ir a algún sitio sin pasaporte?

—Viajando continuamente —dijo—. Nada más llegar a un punto parto inmediatamente para otro. Bueno, en algunos casos no inmediatamente. En algunos sitios, la espera es bastante larga. Pero tienen lo que llaman salas de tránsito. Para lavarse y refrescarse. Quizás un baño. Tirar una camisa sucia y comprarme una nueva. E ídem con los calcetines y los calzoncillos. No hay ningún problema.

—Efectivamente —dije, asombrado—, viajará sin llegar jamás.

—Podría decirse así —parecía tener cierto acento de Hounslow—. No tengo a nadie. Mi esposa ha muerto, los chicos se independizaron y están casados. Me dieron un cuarto de millón por la casa; de risa, un escándalo se mire por donde se mire, teniendo en cuenta lo que pagué yo al final de la guerra. ¿Qué puedo hacer con el dinero? Me voy a una agencia y se quedan boquiabiertos y vienen todos a mirarme. La mayoría son billetes abiertos, como los llaman. No tengo prisa. Si pierdo un avión espero el próximo. Y además tengo cheques de viaje; son tremendamente útiles. Lo poco que queda en el banco es para Jamie; es el mayor, el único con un poco de agallas. Naturalmente, todo depende del tiempo que pueda mantener esta locura. Puede que viva más de lo que pienso, en cuyo caso tendré que tirar del dinero del banco. Aunque estoy muy seguro de que va a acabar todo en el aire. Parece lógico. ¿Cómo se mantienen en el aire los malditos aparatos? Alguno se tendrá que caer un día de éstos, y con un poco de suerte estaré yo dentro. Todos contentos.

Bebió un poco de cerveza y escuchó, con una atención más apropiada al inicio de un acorde musical, una voz que llamaba un vuelo. Dije:

—Parece que es el nuestro.

Me alegré de que no nos hubieran dado asientos contiguos. Era un día que no había mucha gente en primera y necesitaba otro asiento para extender mis papeles. Paxton estaba al otro lado del pasillo, sin nada que hacer más que, con la alegría de un aprendiz de viajero del aire, disfrutar de las diversiones de un vuelo de lujo. Llamaba "cariño" y "querida" a la azafata, y se puso algo alegre con tres ginebras, aunque se recuperó con la comida. Chasqueaba los labios de satisfacción, diciendo: "No hay duda de que esto sí es vida". Vio parte de la película, una película algo indiscreta sobre un accidente aéreo; escuchó boquiabierto un recital presidido por una voz llamada Carmen Dragón, y las toallitas calientes le causaban una tremenda alegría. Incluso fue al lavabo a afeitarse, sin que le hiciera falta, con una máquina eléctrica, y regresó oliendo a todos los perfumes de Arabia o algún sitio parecido. Inevitablemente, al cabo de un rato se presentó una azafata con los impresos para emigración y aduanas. Le preguntó:

—Pasaporte británico, ¿no?

—Ya no tengo. Lo tiré en Heathrow.

Se quedó estupefacta; incluso se sentó a su lado.

—¿Cómo dice, señor?

—No voy a Nueva York. Voy a..., un momento..., sí, aquí lo tengo —consultando un itinerario mecanografiado con el encabezamiento de Speedbird Travel—. La siguiente parada es Trinidad. Eso está en las Antillas, ¿verdad?

—Pero tiene que aterrizar en Nueva York y pasar los controles de emigración y aduana. Todo el mundo tiene que hacerlo.

—Pero yo no quiero ir a Nueva York. Lo he visto hasta hartarme en la televisión. Quiero ir a este otro sitio, a..., eso es..., Trinidad. Y luego voy a Miami y cojo un avión a..., un momento... sí, Río de Janeiro.

—Pero no puede aterrizar en ningún aeropuerto de Estados Unidos sin pasaporte.

—¿Y qué van a hacer? ¿Hacerme regresar? Es igual de fácil enviarme al destino siguiente. No veo por qué tanto alboroto.

Se marchó confusa. Yo, que estaba cumpliendo mi deber de rellenar los impresos, sentí cierta comezón por no sentirme un hombre libre. Cumplidor de las normas, sumiso ante la línea blanca de la cola de emigración, hasta ante el agente de aduanas que miró mis pastillas para la indigestión como si fueran una droga ilegal.

—Es una tontería —me dijo Paxton.

Y sí, supongo que lo era. Me acordé del viejo Ernie Bevin, ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno laborista de posguerra, que decía que todo hombre debería poder ir a Victoria y sacar un billete para cualquier parte del mundo. ¿No se trataba del mundo del hombre? Todos juntos poseíamos el planeta. Una nación se definía como un conglomerado de gente equipada para la guerra, y todos decían que las guerras eran una cosa del pasado. Consecuentemente, no había naciones. Puede que una nación fuera una entidad abstracta con un único aspecto sólido: la aduana y el control de emigración.

En Kennedy, unas muchachas negras con uniforme le dijeron a Paxton que tenía que hacer lo que el resto de la gente, de modo que cargó con su pesado equipaje hasta las colas de emigración, protestando por la maldita libertad, refiriéndose a su ausencia. Le dejé pasar delante y pude oír claramente todo lo que pasaba, a pesar de que tenía que respetar la línea blanca situada a una discreta distancia de un metro. Le dijeron que no podía entrar en Estados Unidos sin pasaporte y sin un visado válido. ¿No se lo habían explicado antes? Sí, pero no quería entrar en Estados Unidos, ya lo veía demasiado cada noche en la caja tonta; quería ir directo a Jamaica. Eso significaba, le dijo el agente, que tenía que ir a otra terminal de Kennedy, lo cual suponía entrar en uno de los condados de la ciudad de Nueva York.

—Ah, ya lo tengo —dijo Paxton—; esto es British Airways y yo voy a coger un vuelo de British Airways.

A continuación, una de las muchachas negras de uniforme se llevó a Paxton con sus bolsos. Como no podía decir adiós con la mano por la carga, me hizo un alegre saludo de despedida con la cabeza. Me tocó la vez;

Nacido en Manchester, de sangre católica y escocesa, Anthony Burgess comenzó su carrera literaria, con cinco novelas de golpe, a los 36 años. Entre sus obras se cuentan "Poderes terrenales", "Sinfonía napoleónica" o su autobiografía, "El pequeño Wilson y el gran Dios". Ensayista, articulista, periodista y uno de los escritores británicos más afamados, el autor de "La naranja mecánica" —llevada al cine por Kubrick— publica su primera colección de relatos, "The devil's mode", de la que "El viajero sin fin" forma parte.

EL VIAJERO SIN FIN

Por Anthony Burgess

Nacido en Manchester, de sangre católica y escocesa, Anthony Burgess comenzó su carrera literaria, con cinco novelas de golpe, a los 36 años. Entre sus obras se cuentan "Poderes terrenales", "Sinfonía napoleónica" o su autobiografía, "El pequeño Wilson y el gran Dios". Ensayista, articulista, periodista y uno de los escritores británicos más afamados, el autor de "La naranja mecánica" —llevada al cine por Kubrick— publica su primera colección de relatos, "The devil's mode", de la que "El viajero sin fin" forma parte.

Sabía que el hombre que estaba delante de mí se llamaba Paxton: la muchacha que le estaba atendiendo en el control de billetes le había llamado así, Paxton, un hombre erguido con una abundante cabellera blanca, reveló su rostro atrincherado de unos 80 años al dejarme su puesto y alejarse empujando un carrito con dos bolsos. Nos dirigíamos los dos a Nueva York, en primera clase. (En aquellos días, yo recorría el mundo como contable de Single Buoy Mooring.) Paxton no había entregado equipaje alguno a la cinta transportadora que llegaba hasta los mozos de equipaje: yo entregué mi pesada maleta para que la etiquetaran y la pusieran en camino. La empleada, con el cabello de color de bronce, comprobó el pasaporte para ver si tenía visado norteamericano, como había hecho con el de Paxton, y me despidió con una sonrisa y una tarjeta de embarque con la inscripción de fumadores. Paxton me precedió en el control de seguridad y luego mostró el pasaporte al aburrido funcionario de emigración. Le oí decir: "La última vez, amigo mío"; vi cómo recibía la respuesta de una media sonrisa que indicaba que ni entendía qué le quería decir ni le preocupaba, y le seguí a la sala de embarque. Paxton me sonrió mostrando una limpia dentadura postiza; dijo: "Observe", y arrojó el pasaporte a un cubo de basura, enterrándolo bajo montones de bolsas de la tienda libre de impuestos, envoltorios de chocolatines y paquetes de cigarrillos. Dije:

—No puede hacer eso.

—¿Cómo que no? Eso está ya acabado.

—Le hará falta al otro extremo. No puede viajar sin pasaporte.

—Claro que puedo, y lo voy a hacer. Estoy harto de toda esa porquería. Soy libre como un pájaro.

—Nadie es tan libre. Querrán ver el pasaporte en Kennedy. No le dejarán entrar sin él. Está el asunto del visado y tienen que comprobar en el gran libro negro si es usted un extranjero indeseable.

—¿Indeseable, eh? Yo-me soy deseable a mí mismo y es lo único que importa. Que le vaya bien al pasaporte.

—Ya volverá. Lo rescatarán y lo llevarán a la quisquillosa Francia, o a alguna otra parte, y se lo enviarán en una carta certificada.

—¿Adónde? No tengo dirección.

—Discúlpeme —le dije, y me fui a comprar una botella de Claymore y un paquete doble de Rothmans a la tienda libre de impuestos. He conocido a muchos excéntricos en mis viajes, pero éste era el primero que se había colocado alegremente en la situación de un ave migratoria. Aunque no atravesaría ninguna frontera. El mundo estaba cerrado a todo viajero que no llevara un pequeño libro que decía lo que él ya sabía: que se llamaba así, que tenía este color de ojos, este peso de años, esta nacionalidad. Sin embargo, conservaba la tarjeta de embarque; estaba a mi espalda en la cola de embarque con una pequeña botella de Cointreau y un paquete de Dunhill.

—Amplía la mente —dijo— viajar. O al menos eso es lo que dicen.

—¿Es su primer viaje a Estados Unidos?

—Es mi primer viaje. Es decir, en avión. He visto bastante mundo en barco, pero parece que ya no hay barcos. Estoy ya ansioso por volar.

Me alejé de él y fui basta el bar, donde pedí una copa grande de cognac. Pero al poco se me acercó y pidió una cerveza. Pensé que sus bolsos debían ser una gran carga. No podría llevarlos siempre en un carrito. Miré hacia los bolsos y él hizo lo mismo. Se agachó y abrió uno.

—Mire esto —dijo.

—¡Cielo santo! —exclamé.

Me mostró una gran cartera amarilla de plástico llena de billetes de avión. Agitándolos todos, me dijo:

—Voy a todas partes. A Río de Janeiro; Valparaíso, dondequiera que esté; Mozambique, Sydney, Christchurch, Honolulú, Moscú.

—Si en alguna parte va a necesitar visado es en Moscú —le dije—. Aunque, caramba, ¿cómo piensa ir a algún sitio sin pasaporte?

—Viajando continuamente —dijo—. Nada más llegar a un punto parto inmediatamente para otro. Bueno, en algunos casos no inmediatamente. En algunos sitios, la espera es bastante larga. Pero tienen lo que llaman salas de tránsito. Para lavarse y refrescarse. Quizás un baño. Tirar una camisa sucia y comprarme una nueva. E ídem con los calcetines y los calzoncillos. No hay ningún problema.

—Efectivamente —dije, asombrado—, viajará sin llegar jamás.

—Podría decirse así —parecía tener cierto acento de Hounslow—. No tengo a nadie. Mi esposa ha muerto, los chicos se independizaron y están casados. Me dieron un cuarto de millón por la casa; de risa, un escándalo se mire por donde se mire, teniendo en cuenta lo que pagué yo al final de la guerra. ¿Qué puedo hacer con el dinero? Me voy a una agencia y se quedan boquiabiertos y vienen todos a mirarme. La mayoría son billetes abiertos, como los llaman. No tengo prisa. Si pierdo un avión espero el próximo. Y además tengo cheques de viaje; son tremendamente útiles. Lo poco que queda en el banco es para Jamie; es el mayor, el único con un poco de agallas. Naturalmente, todo depende del tiempo que pueda mantener esta locura. Puede que viva más de lo que pienso, en cuyo caso tendré que tirar del dinero del banco. Aunque estoy muy seguro de que va a acabar todo en el aire. Parece lógico. ¿Cómo se mantienen en el aire los malditos aparatos? Alguno se tendrá que caer un día de éstos, y con un poco de suerte estaré yo dentro. Todos contentos.

Bebió un poco de cerveza y escuchó, con una atención más apropiada al inicio de un acorde musical, una voz que llamaba un vuelo. Dije:

—Parece que es el nuestro.

Me alegré de que no nos hubieran dado asientos contiguos. Era un día que no había mucha gente en primera y necesitaba otro asiento para extender mis papeles. Paxton estaba al otro lado del pasillo, sin nada que hacer más que, con la alegría de un aprendiz de viajero del aire, disfrutar de las diversiones de un vuelo de lujo. Llamaba "cariño" y "querida" a la azafata, y se puso algo alegre con tres ginebras, aunque se recuperó con la comida. Chasqueaba los labios de satisfacción, diciendo: "No hay duda de que esto sí es vida". Vio parte de la película, una película algo indiscreta sobre un accidente aéreo; escuchó boquiabierto un recital presidido por una voz llamada Carmen Dragón, y las toallitas calientes le causaban una tremenda alegría. Incluso fue al lavabo a afeitarse, sin que le hiciera falta, con una máquina eléctrica, y regresó oliendo a todos los perfumes de Arabia o algún sitio parecido. Inevitablemente, al cabo de un rato se presentó una azafata con los impresos para emigración y aduanas. Le preguntó:

—Pasaporte británico, ¿no?

—Ya no tengo. Lo tiré en Heathrow.

Se quedó estupefacta; incluso se sentó a su lado.

—¿Cómo dice, señor?

—No voy a Nueva York. Voy a..., un momento..., sí, aquí lo tengo —consultando un itinerario mecanografiado con el encabezamiento de Speedbird Travel—. La siguiente parada es Trinidad. Eso está en las Antillas, ¿verdad?

—Pero tiene que aterrizar en Nueva York y pasar los controles de emigración y aduana. Todo el mundo tiene que hacerlo.

—Pero yo no quiero ir a Nueva York. Lo he visto hasta hartarme en la televisión. Quiero ir a este otro sitio, a..., eso es..., Trinidad. Y luego voy a Miami y cojo un avión a..., un momento... sí, Río de Janeiro.

—Pero no puede aterrizar en ningún aeropuerto de Estados Unidos sin pasaporte.

—¿Y qué van a hacer? ¿Hacerme regresar? Es igual de fácil enviarme al destino siguiente. No veo por qué tanto alboroto.

Se marchó confusa. Yo, que estaba cumpliendo mi deber de rellenar los impresos, sentí cierta comezón por no sentirme un hombre libre. Cumplidor de las normas, sumiso ante la línea blanca de la cola de emigración, hasta ante el agente de aduanas que miró mis pastillas para la indigestión como si fueran una droga ilegal.

—Es una tontería —me dijo Paxton.

Y sí, supongo que lo era. Me acordé del viejo Ernie Bevin, ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno laborista de posguerra, que decía que todo hombre debería poder ir a Victoria y sacar un billete para cualquier parte del mundo. ¿No se trataba del mundo del hombre? Todos juntos poseíamos el planeta. Una nación se definía como un conglomerado de gente equipada para la guerra, y todos decían que las guerras eran una cosa del pasado. Consecuentemente, no había naciones. Puede que una nación fuera una entidad abstracta con un único aspecto sólido: la aduana y el control de emigración.

En Kennedy, unas muchachas negras con uniforme le dijeron a Paxton que tenía que hacer lo que el resto de la gente, de modo que cargó con su pesado equipaje hasta las colas de emigración, protestando por la maldita libertad, refiriéndose a su ausencia. Le dejé pasar delante y pude oír claramente todo lo que pasaba, a pesar de que tenía que respetar la línea blanca situada a una discreta distancia de un metro. Le dijeron que no podía entrar en Estados Unidos sin pasaporte y sin un visado válido. ¿No se lo habían explicado antes? Sí, pero no quería entrar en Estados Unidos, ya lo veía demasiado cada noche en la caja tonta; quería ir directo a Jamaica. Eso significaba, le dijo el agente, que tenía que ir a otra terminal de Kennedy, lo cual suponía entrar en uno de los condados de la ciudad de Nueva York.

—Ah, ya lo tengo —dijo Paxton—; esto es British Airways y yo voy a coger un vuelo de British Airways.

A continuación, una de las muchachas negras con uniforme se llevó a Paxton con sus bolsos. Como no podía decir adiós con la mano por la carga, me hizo un alegre saludo de despedida con la cabeza. Me tocó la vez; el agente movía la cabeza ante la locura de la humanidad, refiriéndose al despasaportado Paxton. Dije, quizás un poco imprudentemente:

—Ya estamos hartos de pasaportes y visados. No impiden que se cuelen los delincuentes, ¿no? Hay demasiada burocracia. El mundo pertenece a sus habitantes.

No discutió, pero me miró con mala cara. Estaba diciendo que su trabajo era algo inútil. Puso unos sellos y me dejó pasar al caos de los carruseles de recogida de equipajes.

La siguiente vez que vi a Paxton fue unos cuatro meses después. Fue en el aeropuerto de Karachi, un edificio feo lleno de funcionarios de piel cobriza poco serviciales que procuraban trabajar lo menos posible, porque estábamos en el Ramadán y todavía no había sonado el cañonazo que indicaba la puesta del sol. Paxton tenía bastante buen aspecto, aunque tenía mucho calor.

—El aire acondicionado se ha estropeado, o puede que estos malditos moros no tengan. Estoy deseando llegar a casa para sentir algo de frescor y poder tomar alguna bebida con hielo —dijo, secándose el cuello con una toalla.

—¿A casa? —dije.

—Bueno, es como lo llamo. Todos los aviones son iguales, ¿no? Cuando me subo a uno nuevo siento como si regresara a uno viejo. Al fin y al cabo, es la única casa que tengo.

—¿Cómo le ha ido?

—Bueno, como con mucha irregularidad y se me ha trastornado un poco el sueño. He regalado el reloj a un niño árabe en Abu Dabi, no sirve de nada pensar en la hora. En el aire, el tiempo es diferente. El estómago me ha hecho algunas jugadas, pero estoy tomando esto —se tomó una Stums o algo parecido—. No puedo quejarme. Estoy viendo el mundo, y la mayor parte es mar. No hay mucha tierra. Crucé la línea horaria volando de Auckland a Hawai y perdí o gané un día, no me acuerdo bien. Las azafatas son muy agradables; las más agradables son las de Oriente. Me entraron ganas de instalarme con una de esas chicas japonesas en quimono. Me entraron ganas de echarme una siestecita en tierra.

—Eso es lo que le hace falta. Una semana en un hotel en cualquier parte. Hay uno muy bueno en Bangkok.

—Lo sé, he oído hablar de él; viajé con un grupo de yanquis que iban allí. Se reían a grandes carcajadas. Cuando quiero pasar un par de días en tierra, por así decirlo, me voy a Roma. Hay un hotelito en el aeropuerto, más bien un hostal; es muy pequeño, pero está a este lado de la barrera y no andan tonteando con pasaportes. Duermo bien, aunque me despierto continuamente con pesadillas, y me doy un baño e incluso me lavo los calcetines: me ahorra tener que comprarme otros nuevos. Y me paseo por el aeropuerto y me tomo una taza de ese café con espuma y algo para comer. No hay mucho que ver, por eso he empezado a comprarme libros. Ediciones de bolsillo que puedo tirar. Ahora viajo ligero. Sólo un bolso, como puede ver. Tiré el otro en Heathrow.

—Así que ha vuelto allí.

—No tuve otro remedio volando de Río a Roma —miró con cierta tristeza el enorme avión con la inscripción de Airwork que esperaba en la pista—. Y ahora voy a Bombay. ¿Usted también?

—No, yo voy más al Este. Dijo usted algo de pesadillas.

—Sí. No las tenía desde que era niño. Muy sobrecogedoras algunas. Mi mujer, que ya lleva muerta siete años, armó una tremenda en una de ellas porque había apagado el gas de la cocina. "Todavía no está hecha", dijo, y sacó una enorme serpiente de la olla —se estremeció.

—Se le ha alterado el ritmo circadiamo —dije.

—Esa es la palabra. Es la palabra que utilizó un médico que conocí en el avión de París a Washington. Un joven agradable, especialista en cáncer. Me dijo que el cuerpo sigue su propio ritmo, sin tener en cuenta lo que pasa fuera de él, y que se vuelve un poco loco cuando anochece pero debería ser mediodía. Y que el sueño se va al garete —dijo.

—Sí —dije, hablando con cierta gravedad—. Es extraño que los que parecen ser grandes absolutos son en realidad todos relativos. El amanecer, el mediodía, la noche. Llegan a horas diferentes para pueblos diferentes.

—Y estas pobres muchachas de los aviones, las azafatas, tienen unos problemas tremendos con sus *períodos*. Me pregunto qué tipo de pesadillas tendrán. Tengo que preguntárselo —y seguidamente—: Los pájaros no tienen pesadillas, ¿verdad?

—Pesadillas colectivas —dije—. Por ejemplo, los cuervos que hay junto al hotel Monte Lavinia, en Colombo. Gritan todos a la vez en plena noche.

—Es bonito Colombo, ¿no? ¿En qué país está?

—En lo que ahora se llama Sri Lanka y antes se llamaba Ceilán. El hotel es agradable, excepto por las pesadillas de los cuervos.

Volví a encontrarme con Paxton, seis semanas después, en la sala de embarque de Heathrow. Inevitablemente, supongo, Paxton era bastante conocido en las rutas aéreas internacionales, tema de conversación en los lugares de reunión de las tripulaciones. Le encontré sentado en una pequeña mesa blanca con una joven seria que estaba tomando notas. Me vio y me hizo un saludo con la mano, bastante temblorosa.

—No recuerdo esa palabra —dijo—. La de circos o arcadas, o algo parecido.

Me senté y me presenté a la joven, quien a su vez dijo llamarse Gloria Tippet, agente de relaciones públicas de British Airways.

—Si tiene la bondad de acompañarme a la oficina, señor Paxton —dijo—, le espera una pequeña sorpresa.

—No quiero ninguna sorpresa —dijo con bastante furia—. Ya he tenido bastantes. Mis ritmos están todos alterados.

—Circadianos —dije.

La palabra parecía ser nueva para la joven. Le habían puesto el nombre de Gloria, algo bastante desafortunado, ya que no era gloriosa en manera alguna. Era una Ethel o una Edith de aspecto ratonil y con la boca llena de las impuras vocales que se oyen al sur del Támesis. Dijo:

—Iré a buscarlo si lo desea. Es su pasaporte. Lo entregaron hace meses, y cuando apareció su nombre en el ordenador, no hubo más que ponerse en contacto con emigración.

La respuesta de Paxton fue frenética:

—No quiero el maldito pasaporte —gritó—. Lléveselo —dijo, al tiempo que hacía unos horribles gestos de rechazo como si ya lo tuviera allí—. Soy un hombre libre, ¿no? Libre como los malditos cuervos —así que se acordaba de Colombo; el nombre de Estambul apareció con un pequeño clic en la gran pantalla negra y una lucecita roja empezó a destellar—. Ahí es donde voy —dijo—. Se llamaba Costantinopla; hay incluso una canción.

No mostraba las arrugas que cabía esperar de sus largos y excéntricos viajes. Llevaba algo que parecía un traje de Hong Kong y el pelo blanco bien cortado. Pero el ritmo de su andar hacia la puerta de embarque era descoordinado, y su único bolso parecía pesarle demasiado.

—¿Qué querían sacarle? —pregunté.

—Bueno, es una historia extraña. Comparaciones en realidad. Cómo somos en comparación a otras líneas aéreas internacionales. Y quizás algo para la revista de a bordo. Parece un poco tocado. Era ferretero —como si eso lo explicara todo.

—No debería decir eso de uno de sus mejores clientes. Tocado, me refiero. Está pasando los últimos años de su vida haciendo lo que quiere. Su único error es pensar que es un hombre libre. Hoy día nadie es libre. Ha abandonado una estructura y ahora los demonios del caos se están apoderando de él. Puede citarme, si lo desea.

Pero no entendió y probablemente pensó que yo también estaba tocado. Guardó el libro de notas. Mientras se alejaba vi que sus piernas eran, y supongo que podría utilizar el adjetivo en el contexto de su nombre, gloriosas, al menos en forma, en desacuerdo con las vocales y el aspecto ratonil. La naturaleza daba de manera arbitraria.

Unos dos meses después, en el club de primera clase del aeropuerto de Zurich, me encontré a Paxton tumbado y roncando entre remilgados hombres de negocios que leían el *Züricher Zeitung*. Le evitaban. Me serví un *gin tonic* y eché un vistazo a la primera página de *Corriere Ticinese*. Todas las noticias eran sobre *cumbres* y terrorismo. Llamaron un vuelo, a Berna me parece, y se levantaron muchos de los remilgados hombres de negocios. Paxton, cuyo inconsciente había probablemente respondido a la llamada, se despertó chascando la lengua. La dentadura superior se le había caído y volvió a colocársela con los dos pulgares. Me vio sin revelar sorpresa alguna.

—Viaja usted mucho —dijo—. Pero es usted joven.

—También tengo esposa e hijos que me esperan.

—¿Sabe dónde voy ahora? Voy a Teherán.

—Es un sitio que hay que evitar. ¿Adónde va después?

—Creo que es a..., tendré que mirarlo; creo que es... —hizo como si fuera a abrir su única maleta, pero estaba demasiado cansado para hacerlo— a algún país árabe. Me gustaría que hubiera acabado esto. Los yanquis han estado derribando aviones civiles en el golfo Pérsico. Debería quedarme en esa zona. Y luego estamos continuamente leyendo noticias sobre secuestros de aviones, y yo no tengo la menor suerte. Si empezaran a amenazarme con las pistolas, les daría un golpe, me dispararían y acabaría todo. No se puede vivir eternamente ni debe desearse. Cumplí 81 años viajando a Tokio. Un cumpleaños en el aire. Se lo dije y me trajeron champaña, aunque se lo dan a todo el mundo, tanto si es su cumpleaños como si no.

—Bueno, ha hecho algo de lo que sentirse orgulloso. Ha hecho algo absolutamente único.

—En Roma tienen el Coliseo, y en París, la torre Eiffel, y no he visto ninguno de esos dos monumentos. También está el Taj Mahal en alguna parte de la India y he oído hablar mucho de él. Pero no es lo mío. Lo mío es el mismo asiento, y lo mismo que se saca para colocar la bandeja cuando es hora de comer, y se come a todas horas. Se desayuna a las tres de la mañana. No es natural. Supongo que es por ser lo que antes se llamaba pecado. Correr por toda la Tierra en una y otra dirección sin dejar que el sol haga su trabajo, que es salir a una hora razonable. No sé cómo va a acabar esto.

—Ya le pondrá usted fin. No tiene por qué seguir así. Ya ha dejado claro lo que quería. Recoja el pasaporte en Heathrow y váyase a un hotel privado en cualquier parte. Eastbourne, Rournemouth, algún sitio así. No le faltará de qué hablar.

—¿Sobre el interior de un avión y sitios que no han sido más que nombres? Por favor.

—Bueno, fue idea suya.

—Y no muy buena. Da igual, ya tengo que cargar con ella. Se ha convertido en una forma de vida, como lo llaman. Un estilo de vida o algo parecido. ¿Y dónde viaja ahora?

—Düsseldorf.

—¿Por trabajo?

—No de vacaciones, está claro. Creo que voy a dar un paseo hasta la puerta de embarque. Ya nos veremos.

—Oh, sí, por Dios. No hay duda de que volveremos a vernos.

Cierto, muy cierto. Volvimos a encontrarnos en (¿por qué debería decir todos los sitios?) el aeropuerto de Estocolmo. Pero esta vez no estaba solo. Estaba con un hombre de su edad, aunque de aspecto más sano, tan sano como lo había estado el señor Paxton al comienzo de esta inútil odisea. El insano Paxton me saludó en el bar. Estaba bebiendo cerveza sueca para hacer pasar un *aquavit*.

—Un viejo amigo —dijo—. Estuvimos juntos en el ejército. El Octavo Ejército. En aquella época no se necesitaba pasaporte para viajar al extranjero. No sé cómo se llama usted —me dijo— y se me olvida continuamente el nombre de mi amigo.

—Alfie —dijo el otro—. Alfie Meldrum. Encantado de conocerle —me dijo, cogiéndome la mano con un fuerte apretón—. Este se está portando un poco como un tonto. Se ha encerrado en una cárcel volante. Ha tirado el pasaporte para asegurarse de que se queda en ella. No entiende que es una llave para abrir cosas. Cree que es para encerrarse.

—Se lo voy a contar —dijo Paxton—. Toso sucedió al final de la guerra, cuando nos dieron las cartillas de racionamiento y los carnés de identidad y todas esas tonterías del gobierno. Habían escrito mal mi nombre. Me habían puesto Pixton. Al principio me pareció divertido, ya que me convertía en una especie de duendecillo. Pero cuando fui a cambiar la cartilla de racionamiento y les indiqué lo que habían hecho, el maldito mocoso oficinista de Wolverhampton (trabajaba allí entonces) dijo que ahora mi verdadero nombre era Pixton y que tendría que cambiármelo legalmente. Era como convertir un error estúpido de alguien en un acto de fuerza mayor. Por eso me dije que un día les iba a dar una buena lección sobre sus papeles y todas sus tonterías sobre los malditos documentos —su agitación me pareció excesiva; la alteración de los ritmos circadianos le habían llevado a la neurosis—. Cuando quieren que hagas sus malditas guerras, no hablan de pasaportes, no, de ninguna manera. Construir un mundo libre, eso era lo que se suponía que se trataba, y mira ahora el mundo libre con toda su burocracia. Ya me harté de burocracia cuando trataba de ganarme la vida honradamente, con los impuestos sobre la renta y el IVA y todos los dolores de cabeza de rellenar impresos. Bueno, pues eso se ha acabado ahora. Ni un impreso más. Un hombre libre —y el hombre libre se puso a temblar como si le hubieran golpeado contra las cuerdas.

—Así que —dijo Alfie Meldrum— no puede acompañarme a Oslo, donde tengo una hija casada con uno de estos nórdicos. ¿Adónde vas ahora, Norbert?

Norbert, Norbert. No era un nombre muy apropiado para llevar en un documento oficial.

—A Copenhague. Y luego, a la Costa Azul maldita, y luego, Dios sabe dónde. Lo tengo todo escrito aquí —y señaló con un dedo tembloroso su única maleta.

Vi que se estaba aproximando al punto de peligro tres semanas después, cuando Paxton y yo estábamos en el mismo avión. Ibamos a Yakarta en un *jumbo* de las nuevas líneas de Air New South Wales Eastern Runs (ANSWER); el volar hacia el Noroeste constituía una aparente paradoja: el misterioso Oriente no estará jamás al este de Australia. La cabina de primera clase estaba llena, y Paxton se quejó a grandes voces a la rechoncha azafata de Sydney por haberle sentado junto a un japonés:

—Luché contra los mamones en la última guerra; yo, no, pero muchos lo hicieron, hasta puede que su padre, y ahora lo tenemos aquí con sus ordenadores y transistores y dando graznidos con la nariz taponada, y a pesar de todo lo listos que son, no han conseguido inventar pañuelos.

El japonés se limitó a sonreír ante la locura del occidental, sin entender una palabra. Cambiaron de asiento a Paxton, pero tampoco pareció gustarle el robusto ganadero que le tocó como nuevo compañero. Cuando sirvieron la sopa dijo que estaba mala, que se había estropeado estando al sol de la pista, pero la azafata le aseguró que el mal sabor no era más que una gota de jerez que habían puesto en la sopa para darle sabor. Luego, cuando proyectaron una película, dijo que ya la había visto, y la azafata hizo venir al segundo piloto para que le diera un aviso.

—Tirarme en pleno vuelo —dijo—, de eso se trata. Vale, hágalo, caballero o tío, o como quiera que le guste que le llamen, y métaselo por el flautín.

Me escondí tras un ejemplar de *The Australian*, aunque no parecía que hubiera la menor posibilidad de que supiera quién demonios era yo.

La triste historia acabó en Berlín Oeste. Me disponía a volar a Viena, pero Paxton llegaba en ese momento del aeropuerto internacional de Munich cuando se me pidió ir a la puerta de embarque. Iba en una silla de ruedas, al parecer atado a ella. Le acompañaban dos ayudantes de bata blanca y un par de agentes uniformados de Lufthansa. Gritaba algo sobre que siempre había sabido que acabaría así, que los malditos nazis le habían cogido y que era un ciudadano británico libre; que tenía un pasaporte que lo demostraba, pero que los hijos de puta se lo habían quitado. Le empujaron suavemente hacia la salida, sin andarse con tonterías de formalidades de emigración. Para su presunto destino no hacía falta pasaporte.

Viernes 19 de enero de 1990



el agente movía la cabeza ante la locura de la humanidad, refiriéndose al despasaportado Paxton. Dije, quizás un poco imprudentemente:

—Ya estamos hartos de pasaportes y visados. No impiden que se cuelen los delincuentes, ¿no? Hay demasiada burocracia. El mundo pertenece a sus habitantes.

No discutió, pero me miró con mala cara. Estaba diciendo que su trabajo era algo inútil. Puso unos sellos y me dejó pasar al caos de los carruseles de recogida de equipajes.

La siguiente vez que vi a Paxton fue unos cuatro meses después. Fue en el aeropuerto de Karachi, un edificio feo lleno de funcionarios de piel cobriza poco serviciales que procuraban trabajar lo menos posible, porque estábamos en el Ramadán y todavía no había sonado el cañonazo que indicaba la puesta del sol. Paxton tenía bastante buen aspecto, aunque tenía mucho calor.

—El aire acondicionado se ha estropeado, o puede que estos malditos moros no tengan. Estoy deseando llegar a casa para sentir algo de frescor y poder tomar alguna bebida con hielo —dijo, secándose el cuello con una toalla.

—¿A casa? —dije.

—Bueno, es como lo llamo. Todos los aviones son iguales, ¿no? Cuando me subo a uno nuevo siento como si regresara a uno viejo. Al fin y al cabo, es la única casa que tengo.

—¿Cómo le ha ido?

—Bueno, como con mucha irregularidad y se me ha trastornado un poco el sueño. He regalado el reloj a un niño árabe en Abu Dabi, no sirve de nada pensar en la hora. En el aire, el tiempo es diferente. El estómago me ha hecho algunas jugadas, pero estoy tomando esto —se tomó una Stums o algo parecido—. No puedo quejarme. Estoy viendo el mundo, y la mayor parte es mar. No hay mucha tierra. Crucé la línea horaria volando de Auckland a Hawai y perdí o gané un día, no me acuerdo bien. Las azafatas son muy agradables; las más agradables son las de Oriente. Me entraron ganas de instalarme con una de esas chicas japonesas en quimono. Me entraron ganas de echarme una siestecita en tierra.

—Eso es lo que le hace falta. Una semana en un hotel en cualquier parte. Hay uno muy bueno en Bangkok.

—Lo sé, he oído hablar de él; viajé con un grupo de yanquis que iban allí. Se reían a grandes carcajadas. Cuando quiero pasar un par de días en tierra, por así decirlo, me voy a Roma. Hay un hotelito en el aeropuerto, más bien un hostal; es muy pequeño, pero está a este lado de la barrera y no andan tonteando con pasaportes. Duermo bien, aunque me despierto continuamente con pesadillas, y me doy un baño e incluso me lavo los calcetines: me ahorra tener que comprarme otros nuevos. Y me paseo por el aeropuerto y me tomo una taza de ese café con espuma y algo para comer. No hay mucho que ver, por eso he empezado a comprarme libros. Ediciones de bolsillo que puedo tirar. Ahora viajo ligero. Sólo un bolso, como puede ver. Tiré el otro en Heathrow.

—Así que ha vuelto allí.

—No tuve otro remedio volando de Río a Roma —miró con cierta tristeza el enorme avión con la inscripción de Airwork que esperaba en la pista—. Y ahora voy a Bombay. ¿Usted también?

—No, yo voy más al Este. Dijo usted algo de pesadillas.

—Sí. No las tenía desde que era niño. Muy sobrecogedoras algunas. Mi mujer, que ya lleva muerta siete años, armó una tremenda en una de ellas porque había apagado el gas de la cocina. "Todavía no está hecha", dijo, y sacó una enorme serpiente de la olla —se estremeció.

—Se le ha alterado el ritmo circadiamo —dije.

—Esa es la palabra. Es la palabra que utilizó un médico que conocí en el avión de París a Washington. Un joven agradable, especialista en cáncer. Me dijo que el cuerpo sigue su propio ritmo, sin tener en cuenta lo que pasa fuera de él, y que se vuelve un poco loco cuando anochece pero debería ser mediodía. Y que el sueño se va al garete —dijo.

—Sí —dije, hablando con cierta gravedad—. Es extraño que los que parecen ser grandes absolutos son en realidad todos relativos. El amanecer, el mediodía, la noche. Llegan a horas diferentes para pueblos diferentes.

—Y estas pobres muchachas de los aviones, las azafatas, tienen unos problemas tremendos con sus *períodos*. Me pregunto qué tipo de pesadillas tendrán. Tengo que preguntárselo —y seguidamente—: Los pájaros no tienen pesadillas, ¿verdad?

—Pesadillas colectivas —dije—. Por ejemplo, los cuervos que hay junto al hotel Monte Lavinia, en Colombo. Gritan todos a la vez en plena noche.

—Es bonito Colombo, ¿no? ¿En qué país está?

—En lo que ahora se llama Sri Lanka y antes se llamaba Ceilán. El hotel es agradable, excepto por las pesadillas de los cuervos.

Volví a encontrarme con Paxton, seis semanas después, en la sala de embarque de Heathrow. Inevitablemente, supongo, Paxton era bastante conocido en las rutas aéreas internacionales, tema de conversación en los lugares de reunión de las tripulaciones. Le encontré sentado en una pequeña mesa blanca con una joven seria que estaba tomando notas. Me vio y me hizo un saludo con la mano, bastante temblorosa.

—No recuerdo esa palabra —dijo—. La de circos o arcadas, o algo parecido.

Me senté y me presenté a la joven, quien a su vez dijo llamarse Gloria Tippet, agente de relaciones públicas de British Airways.

—Si tiene la bondad de acompañarme a la oficina, señor Paxton —dijo—, le espera una pequeña sorpresa.

—No quiero ninguna sorpresa —dijo con bastante furia—. Ya he tenido bastantes. Mis ritmos están todos alterados.

—Circadianos —dije.

La palabra parecía ser nueva para la joven. Le habían puesto el nombre de Gloria, algo bastante desafortunado, ya que no era gloriosa en manera alguna. Era una Ethel o una Edith de aspecto ratonil y con la boca llena de las impuras vocales que se oyen al sur del Támesis. Dijo:

—Iré a buscarlo si lo desea. Es su pasaporte. Lo entregaron hace meses, y cuando apareció su nombre en el ordenador, no hubo más que ponerse en contacto con emigración.

La respuesta de Paxton fue frenética:

—No quiero el maldito pasaporte —gritó—. Lléveselo —dijo, al tiempo que hacía unos horribles gestos de rechazo como si ya lo tuviera allí—. Soy un hombre libre, ¿no? Libre como los malditos cuervos —así que se acordaba de Colombo; el nombre de Estambul apareció con un pequeño clic en la gran pantalla negra y una lucecita roja empezó a destellar—. Ahí es donde voy —dijo—. Se llamaba Costantinopla; hay incluso una canción.

No mostraba las arrugas que cabía esperar de sus largos y excéntricos viajes. Llevaba algo que parecía un traje de Hong Kong y el pelo blanco bien cortado. Pero el ritmo de su andar hacia la puerta de embarque era descoordinado, y su único bolso parecía pesarle demasiado.

—¿Qué querían sacarle? —pregunté.

—Bueno, es una historia extraña. Comparaciones en realidad. Cómo somos en comparación a otras líneas aéreas internacionales. Y quizás algo para la revista de a bordo. Parece un poco tocado. Era ferretero —como si eso lo explicara todo.

—No debería decir eso de uno de sus mejores clientes. Tocado, me refiero. Está pasando los últimos años de su vida haciendo lo que quiere. Su único error es pensar que es un hombre libre. Hoy día nadie es libre. Ha abandonado una estructura y ahora los demonios del caos se están apoderando de él. Puede citarme, si lo desea.

Pero no entendió y probablemente pensó que yo también estaba tocado. Guardó el libro de notas. Mientras se alejaba vi que sus piernas eran, y supongo que podría utilizar el adjetivo en el contexto de su nombre, gloriosas, al menos en forma, en desacuerdo con las vocales y el aspecto ratonil. La naturaleza daba de manera arbitraria.

Unos dos meses después, en el club de primera clase del aeropuerto de Zurich, me encontré a Paxton tumbado y roncando entre remilgados hombres de negocios que leían el *Züricher Zeitung*. Le evitaban. Me serví un *gin tonic* y eché un vistazo a la primera página de *Corriere Ticinese*. Todas las noticias eran sobre *cumbres* y terrorismo. Llamaron un vuelo, a Berna me parece, y se levantaron muchos de los remilgados hombres de negocios. Paxton, cuyo inconsciente había probablemente respondido a la llamada, se despertó chascando la lengua. La dentadura superior se le había caído y volvió a colocársela con los dos pulgares. Me vio sin revelar sorpresa alguna.

—Viaja usted mucho —dijo—. Pero es usted joven.

—También tengo esposa e hijos que me esperan.

—¿Sabe dónde voy ahora? Voy a Teherán.

—Es un sitio que hay que evitar. ¿Adónde va después?

—Creo que es a..., tendré que mirarlo; creo que es... —hizo como si fuera a abrir su única maleta, pero estaba demasiado cansado para hacerlo— a algún país árabe. Me gustaría que hubiera acabado esto. Los yanquis han estado derribando aviones civiles en el golfo Pérsico. Debería quedarme en esa zona. Y luego estamos continuamente leyendo noticias sobre secuestros de aviones, y yo no tengo la menor suerte. Si empezaran a amenazarme con las pistolas, les daría un golpe, me dispararían y acabaría todo. No se puede vivir eternamente ni debe desearse. Cumplí 81 años viajando a Tokio. Un cumpleaños en el aire. Se lo dije y me trajeron champaña, aunque se lo dan a todo el mundo, tanto si es su cumpleaños como si no.

—Bueno, ha hecho algo de lo que sentirse orgulloso. Ha hecho algo absolutamente único.

—En Roma tienen el Coliseo, y en París, la torre Eiffel, y no he visto ninguno de esos dos monumentos. También está el Taj Mahal en alguna parte de la India y he oído hablar mucho de él. Pero no es lo mío. Lo mío es el mismo asiento, y lo mismo que se saca para colocar la bandeja cuando es hora de comer, y se come a todas horas. Se desayuna a las tres de la mañana. No es natural. Supongo que es por ser lo que antes se llamaba pecado. Correr por toda la Tierra en una y otra dirección sin dejar que el sol haga su trabajo, que es salir a una hora razonable. No sé cómo va a acabar esto.

—Ya le pondrá usted fin. No tiene por qué seguir así. Ya ha dejado claro lo que quería. Recoja el pasaporte en Heathrow y váyase a un hotel privado en cualquier parte. Eastbourne, Rournemouth, algún sitio así. No le faltará de qué hablar.

—¿Sobre el interior de un avión y sitios que no han sido más que nombres? Por favor.

—Bueno, fue idea suya.

—Y no muy buena. Da igual, ya tengo que cargar con ella. Se ha convertido en una forma de vida, como lo llaman. Un estilo de vida o algo parecido. ¿Y dónde viaja ahora?

—Düsseldorf.

—¿Por trabajo?

—No de vacaciones, está claro. Creo que voy a dar un paseo hasta la puerta de embarque. Ya nos veremos.

—Oh, sí, por Dios. No hay duda de que volveremos a vernos.

Cierto, muy cierto. Volvimos a encontrarnos en (¿por qué debería decir todos los sitios?) el aeropuerto de Estocolmo. Pero esta vez no estaba solo. Estaba con un hombre de su edad, aunque de aspecto más sano, tan sano como lo había estado el señor Paxton al comienzo de esta inútil odisea. El insano Paxton me saludó en el bar. Estaba bebiendo cerveza sueca para hacer pasar un *aquavit*.

—Un viejo amigo —dijo—. Estuvimos juntos en el ejército. El Octavo Ejército. En aquella época no se necesitaba pasaporte para viajar al extranjero. No sé cómo se llama usted —me dijo— y se me olvida continuamente el nombre de mi amigo.

—Alfie —dijo el otro—. Alfie Meldrum. Encantado de conocerle —me dijo, cogiéndome la mano con un fuerte apretón—. Este se está portando un poco como un tonto. Se ha encerrado en una cárcel volante. Ha tirado el pasaporte para asegurarse de que se queda en ella. No entiende que es una llave para abrir cosas. Cree que es para encerrarse.

—Se lo voy a contar —dijo Paxton—. Todo sucedió al final de la guerra, cuando nos dieron las cartillas de racionamiento y los carnés de identidad y todas esas tonterías del gobierno. Habían escrito mal mi nombre. Me habían puesto Pixton. Al principio me pareció divertido, ya que me convertía en una especie de duendecillo. Pero cuando fui a cambiar la cartilla de racionamiento y les indiqué lo que habían hecho, el maldito mocoso oficinista de Wolverhampton (trabajaba allí entonces) dijo que ahora mi verdadero nombre era Pixton y que tendría que cambiármelo legalmente. Era como convertir un error estúpido de alguien en un acto de fuerza mayor. Por eso me dije que un día les iba a dar una buena lección sobre sus papeles y todas sus tonterías sobre los malditos documentos —su agitación me pareció excesiva; la alteración de los ritmos circadianos le habían llevado a la neurosis—. Cuando quieren que hagas sus malditas guerras, no hablan de pasaportes, no, de ninguna manera. Construir un mundo libre, eso era lo que se suponía que se trataba, y mira ahora el mundo libre con toda su burocracia. Ya me harté de burocracia cuando trataba de ganarme la vida honradamente, con los impuestos sobre la renta y el IVA y todos los dolores de cabeza de rellenar impresos. Bueno, pues eso se ha acabado ahora. Ni un impreso más. Un hombre libre —y el hombre libre se puso a temblar como si le hubieran golpeado contra las cuerdas.

—Así que —dijo Alfie Meldrum— no puede acompañarme a Oslo, donde tengo una hija casada con uno de estos nórdicos. ¿Adónde vas ahora, Norbert?

Norbert, Norbert. No era un nombre muy apropiado para llevar en un documento oficial.

—A Copenhague. Y luego, a la Costa Azul maldita, y luego, Dios sabe dónde. Lo tengo todo escrito aquí —y señaló con un dedo tembloroso su única maleta.

Vi que se estaba aproximando al punto de peligro tres semanas después, cuando Paxton y yo estábamos en el mismo avión. Íbamos a Yakarta en un *jumbo* de las nuevas líneas de Air New South Wales Eastern Runs (ANSWER); el volar hacia el Noroeste constituía una aparente paradoja: el misterioso Oriente no estará jamás al este de Australia. La cabina de primera clase estaba llena, y Paxton se quejó a grandes voces a la rechoncha azafata de Sydney por haberle sentado junto a un japonés:

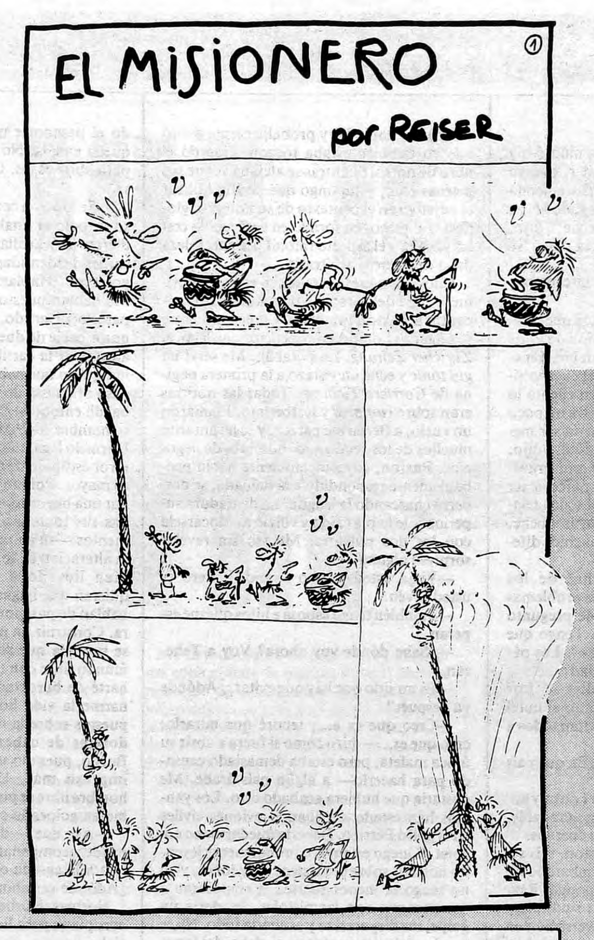
—Luché contra los mamones en la última guerra; yo, no, pero muchos lo hicieron, hasta puede que su padre, y ahora lo tenemos aquí con sus ordenadores y transistores y dando graznidos con la nariz taponada, y a pesar de todo lo listos que son, no han conseguido inventar pañuelos.

El japonés se limitó a sonreír ante la locura del occidental, sin entender una palabra. Cambiaron de asiento a Paxton, pero tampoco pareció gustarle el robusto ganadero que le tocó como nuevo compañero. Cuando sirvieron la sopa dijo que estaba mala, que se había estropeado estando al sol de la pista, pero la azafata le aseguró que el mal sabor no era más que una gota de jerez que habían puesto en la sopa para darle sabor. Luego, cuando proyectaron una película, dijo que ya la había visto, y la azafata hizo venir al segundo piloto para que le diera un aviso.

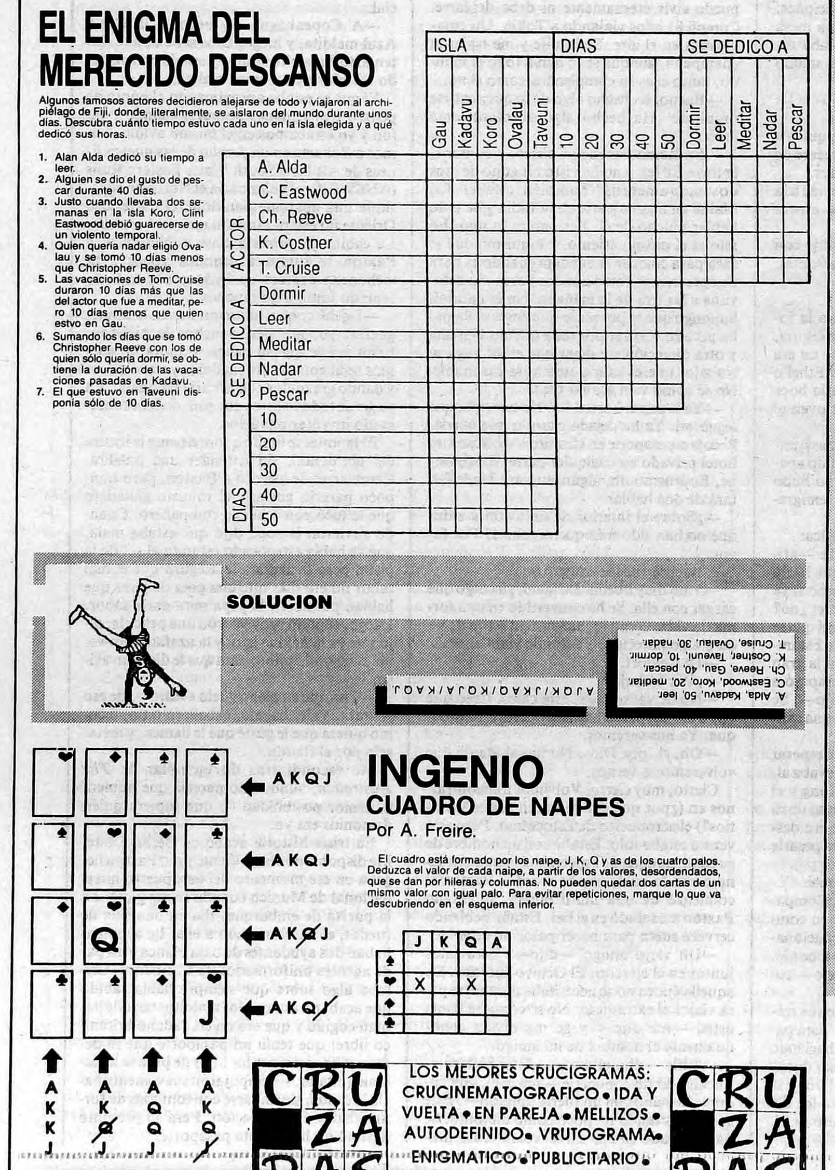
—Tirarme en pleno vuelo —dijo—, de eso se trata. Vale, hágalo, caballero o tío, o como quiera que le guste que le llamen, y métaselo por el flautín.

Me escondí tras un ejemplar de *The Australian*, aunque no parecía que hubiera la menor posibilidad de que supiera quién demonios era yo.

La triste historia acabó en Berlín Oeste. Me disponía a volar a Viena, pero Paxton llegaba en ese momento del aeropuerto internacional de Munich cuando se me pidió ir a la puerta de embarque. Iba en una silla de ruedas, al parecer atado a ella. Le acompañaban dos ayudantes de bata blanca y un par de agentes uniformados de Lufthansa. Gritaba algo sobre que siempre había sabido que acabaría así, que los malditos nazis le habían cogido y que era un ciudadano británico libre; que tenía un pasaporte que lo demostraba, pero que los hijos de puta se lo habían quitado. Le empujaron suavemente hacia la salida, sin andarse con tonterías de formalidades de emigración. Para su presunto destino no hacía falta pasaporte.







EL ENIGMA DEL MERECIDO DESCANSO

Algunos famosos actores decidieron alejarse de todo y viajaron al archipiélago de Fiji, donde, literalmente, se aislaron del mundo durante unos días. Descubra cuánto tiempo estuvo cada uno en la isla elegida y a qué dedicó sus horas.

1. Alan Alda dedicó su tiempo a leer.
2. Alguien se dio el gusto de pescar durante 40 días.
3. Justo cuando llevaba dos semanas en la isla Koro, Clint Eastwood debió guarecerse de un violento temporal.
4. Quien quería nadar eligió Ovalau y se tomó 10 días menos que Christopher Reeve.
5. Las vacaciones de Tom Cruise duraron 10 días más que las del actor que fue a meditar, pero 10 días menos que quien estvo en Gau.
6. Sumando los días que se tomó Christopher Reeve con los de quien sólo quería dormir, se obtiene la duración de las vacaciones pasadas en Kadavu.
7. El que estuvo en Taveuni disponía sólo de 10 días.

		ISLA					DIAS					SE DEDICO A				
		Gau	Kadavu	Koro	Ovalau	Taveuni	10	20	30	40	50	Dormir	Leer	Meditar	Nadar	Pescar
ACTOR	A. Alda															
	C. Eastwood															
	Ch. Reeve															
	K. Costner															
	T. Cruise															
SE DEDICO A	Dormir															
	Leer															
	Meditar															
	Nadar															
	Pescar															
DIAS	10															
	20															
	30															
	40															
	50															

SOLUCION

A. Alda, Kadavu, 50, leer.
C. Eastwood, Koro, 20, meditar.
Ch. Reeve, Gau, 40, pescar.
K. Costner, Taveuni, 10, dormir.
T. Cruise, Ovalau, 30, nadar.

AJQK/JKAQ/KQJA/KAQJ.

INGENIO
CUADRO DE NAIPES
Por A. Freire.

El cuadro está formado por los naipe, J, K, Q y as de los cuatro palos. Deduzca el valor de cada naipe, a partir de los valores, desordendados, que se dan por hileras y columnas. No pueden quedar dos cartas de un mismo valor con igual palo. Para evitar repeticiones, marque lo que va descubriendo en el esquema inferior.

♥	♦	♠	♦	← AKQJ
♠	♥	♦	♣	← AKQJ
♦	♥	♠	♣	← AKQJ
♣	♠	♦	♥	← AKQJ
A K K J	A K Q J	A Q Q J	A K Q J	

	J	K	Q	A
♠				
♥	X		X	
♦				
♣				





Agradecemos a Editions du Square